

El auténtico amor

Quiero recordar como es el auténtico amor. El que Dios nos da y el que nos pide que demos. Porque todos sabemos que el amor tiene muchas caras. Todos hemos oído muchas predicaciones seguro sobre el amor, sobre los tipos de amor que hay, sobre como nos amaba Jesús, como se entiende el amor de Dios a lo largo de la historia... pero, aunque todos lo sabemos, creo que es bueno recordarlo.

Pablo, nuestro amado hermano y predicador, nos recordaba el otro día en el mensaje que le había dado Dios para nosotros, la historia sobre el joven rico. En esa historia, esa persona se acercaba a Jesús y le preguntaba que tenía que hacer para alcanzar la vida eterna. Y Jesús le recordaba los mandamientos. Esa persona le contestaba que él los cumplía desde su juventud y entonces Jesús, mirándole, le amó y le contesto algo que no le iba a gustar. Déjalo todo y sígueme por este camino de aflicción.

Marcos 10:17-22

¹⁷ Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?

¹⁸ Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios.

¹⁹ Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre.

²⁰ El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud.

²¹ Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz.

²² Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.

Se trata de un mensaje duro. A mi me cuesta decir estas cosas a la gente del mundo, cuanto más a la gente que queremos. Porque cuando queremos, nos disgusta hacer daño a los demás. Nos gusta rodear de paz, sosiego y gozo a las personas que queremos y no nos damos cuenta que eso no es amarlas. Es malcriarlas.

El apóstol Pablo, en **1 Corintios 13:4-7** dice que:

⁴ El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece;

⁵ no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor;

⁶ no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad.

⁷ Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Hoy nos vamos a centrar en como ejercer o aplicar el amor. Acciones que no están explícitamente recogidas en esa definición aunque beben de ella. Acciones a tener en cuenta cuando nos relacionamos con los demás. Pablo nos dice como es el amor e implícitamente como debemos amar. Yo hoy voy a centrarme en como debemos aplicar ese amor hacia los demás.

He clasificado la manera de ejercer el amor hacia el prójimo en 5 categorías. Vamos a verlas con ejemplos como el que acabamos de leer donde el Señor las ejerce: Corregir, tener paciencia, sacrificio, dar libertad y orar. Eso es amar.

Corregir.

Amar a las personas, como nos enseña Jesús, es corregirlas para que sus esfuerzos estén bien dirigidos. Para que realmente, en el largo plazo, alcancen el auténtico gozo. Y eso significa que tienen que corregirse. Que tienen que cambiar. Que tienen que dejar de hacer cosas que, seguramente en el corto plazo les produce paz, sosiego, seguridad, tranquilidad para hacer otras que, en un principio, les traerá todo lo contrario. Y eso es duro.

Eso significa que pones a quien quieres a arriesgarse y a sufrir. A salir de su zona de confort y estresarse. Y cuando pones le expones la verdad a esa persona, cuando la corriges, también pones en riesgo tu relación con esa persona.

Parece que nadie gana. Pero cuando amas a una persona, de verdad. Sin condiciones. Cuando quieres lo mejor para una persona, tu relación con ella o su tranquilidad no son importantes. Lo importante es la felicidad completa que una vida sana le puede proporcionar y eso significa decir la verdad para que esa persona tenga las razones para cambiar y tenga la posibilidad de hacerlo.

En el ejemplo del rico que hemos leído, Jesús amó a esta persona y por eso le dijo la verdad. Todo lo que haces está bien, pero te falta lo mas importante. Déjate llevar. Como nos enseñaba Pablo el otro día, lo que le pedía es que dejara la tranquilidad de lo material y que se dejara llevar por el Señor. Que eliminara su amor por lo material y amara lo espiritual. Y por encima de todo, que amara a Dios.

Porque la verdadera felicidad está en el amor de Dios. En dejarte llevar por Él y cumplir con Su voluntad y sus mandamientos. Y creer que Él será tu pastor y te cuidará, te pondrá pruebas, te dará lecciones, te dará misiones! Te cuidará y te convertirá en una persona excepcional. Rica en amor. Y esto es una locura para el mundo. Es una locura confiar en lo que no se ve y solo se siente.

El rico se terminó yendo triste porque amaba demasiado lo material. Confiaba mas en eso que en Dios. Pero Jesús le había enseñado una lección. No sabemos que pasó después pero seguro que ese comentario no cayo en tierra seca. Yo estoy seguro que en esa ocasión Jesús sembró y que esa persona a la larga, recapacitó. Jesús le dio un regalo y a mi me gusta creer que él lo cogió y lo guardó para hacerlo madurar.

Y me gusta creerlo porque lo aplico a todos a los que predico. Muchas veces me acusan de querer convencer a la gente que amo de que cambien y piensen como yo cuando lo que hago es transmitir lo que es el mensaje de amor de Jesús. Lo que intento es corregir su comportamiento para que no confíen tanto en lo material y que lo hagan más en lo espiritual. Esa corrección suele significar un cambio que trae una crisis. Pero hay que saber que las crisis no son malas por necesidad sino que, en manos de Dios pueden convertirse en lecciones que nos hacen mejores. Nos abren el corazón, la mente y el alma. Y eso es un regalo magnifico.

Esas crisis muchas veces no son fruto de nuestra elección sino que son correcciones que aplica el Señor. Castigos que necesitamos para aprender. No siempre es así, dado que también pueden ser pruebas para confirmar que hemos aprendido, pero en ocasiones son correcciones enfocadas a generar una reacción. No es la manera que más le gusta al Señor porque es el último recurso, pero a veces es la única manera de enseñar a alguien. Como vemos en **Jonás 3:2-4**, al pueblo de Nínive se le anuncia el castigo por sus pecados. Un castigo grande porque es la destrucción de la ciudad. Y en este caso con solo anunciarlo, el pueblo se arrepintió. Y el Señor les perdonó y no les aplicó el castigo.

En otras ocasiones ha ejecutado el castigo, como cuando llevó a todo el pueblo de Judá al exilio. O peor aun, cuando inundó el mundo. En esos casos, el Señor buscaba generar una reacción en el pueblo entero. Aprender que soy Dios y que mi camino es el único camino de salvación. En ambos casos, los aplicó cuando se agotó la paciencia. Que es otra forma de amar. El Señor estuvo durante generaciones intentando corregir el comportamiento. Con paciencia, con misericordia, respetando la libertad del pueblo, pero el pueblo dejó de escucharle. Y el se quedó sin paciencia.

Paciencia.

Porque es verdad que muchas veces las crisis son largas y llenas de dolor. Las personas se desesperan y cometen errores. Errores que ya les advertimos que les iba a generar problemas. Estar a su lado y no desfallecer, tener una paciencia infinita con las personas es otra manera de amar. La biblia está llena de ejemplos en los que Dios perdona los pecados, los errores, del pueblo una y otra vez. Incluso sabiendo que a la larga volverán a equivocarse, Dios les perdona porque tiene una paciencia infinita. Acordaros de como se enfadaba Jonás cuando Dios perdonaba al pueblo de Nínive (**Jonás 4:2**) y le decía *“sabía yo que tú eres un Dios clemente y compasivo lento para la ira y rico en misericordia, y que te arrepientes del mal con que amenazas”*. Lento para la ira. Paciente.

Amar es ser capaz de recoger al que no para de equivocarse y tener la paciencia de ayudarlo a intentarlo una vez más. Como le dijo Jesús a Pedro en **Mateo 18:21-22**, *“aun hasta 70 veces 7”*.

²¹Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?

²²Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.

Fijaros que aquí está hablando de que “peque contra mi”. Es interesante resaltar como el concepto de pecado aplica hacia una persona. Cuando alguien se equivoca y nos dice algo mal, o nos engaña o no nos hace algo bien, se considera que peca contra nosotros. Cuando nosotros hacemos eso con Dios, pecamos contra Dios. Dejo esto aquí para que reflexionéis sobre ello.

Amar al prójimo es tener la paciencia de estar a su lado para recogerles cuando se equivocan y sufren, y volver a contarles como si fuera la primera vez que el camino para hacer las cosas bien es otro. No diciendo, “te lo dije”. Ni tampoco dando sermones en el momento en el que están siendo atacados y están sufriendo. Amar es tener la paciencia de esperar el momento adecuado y no tener la soberbia de demostrar quien tiene la razón.

Es muy fácil caer en la tentación de aprovechar el momento de debilidad o de cabreo para dar nuestro sermón. Y normalmente lo que estamos haciendo no es amar, sino satisfacer nuestro ego personal y demostrar que están equivocados. O también, dejarnos llevar por las ganas de sacarles de su error y machacarlos con lo que tienen que hacer. Sin tener paciencia con ellos. Amar es saber esperar el momento y tener la dulzura de decir las cosas siempre como si fuera la primera vez que lo decimos. Amar es por lo tanto sacrificio

Sacrificio.

Amar es el sacrificio de olvidarnos de nosotros mismos y centrarnos en el otro. Cuando Jesús habla de “negarnos cada uno a si mismo” (**Lucas 9:23**), se refiere a eso mismo. No es cuestión de estar por encima sino de quitar nuestro ego para que sean los demás los que crezcan. Sacrificamos nuestra exasperación, nuestra desesperación, nuestras ganas de obligar a alguien a

no equivocarse y nos centramos en que es lo que necesita de verdad y como se le puede ayudar. Cogemos toda nuestra impaciencia y nuestra rabia y nuestra fuerza y la ponemos como nuestra cruz. Como hizo Jesús. Como hizo el mismo Dios al entregar a su hijo único para que nos ayudará a corregirnos. Sacrificó lo que mas quiere por ayudarnos.

Cuando pedimos perdón por algo que no hemos hecho. Cuando asumimos la culpa de algo que no es culpa nuestra, imitamos el sacrificio de Jesús. Sacrificamos nuestro ego y nuestra inocencia para que la culpa de otro le deje libre. Para que su ego se satisfaga y deje de hacer ruido y así damos espacio a que su corazón escuche. Pedir perdón y pagar por la culpa de otro es la mayor manera de amar a alguien. Y sino que se lo digan a Jesús.

Yo os animo a que lo hagáis. Cuando estéis con alguien que viene gritando, enfadado, frustrado, rabioso o solamente muy dolido, pedirle perdón. De corazón. Es muy duro porque todo tu cuerpo y tu ego te gritan que porqué tienes que hacerlo, que tu no has hecho nada malo, pero lo haces. Le pides perdón. Y es impresionante como la otra persona cambia. A veces les lleva un par de minutos para recomponerse ante tu solicitud e incluso te lo repiten unas cuantas veces, pero se calman. Y cuando se calman, empiezan a pensar con el corazón. Tener la fuerza para hacer ese sacrificio y la paciencia para aguantarlo es difícil, pero os garantizo que funciona. Es ejercer el amor puro. El amor que Dios ejerce en nosotros cada día.

Otra forma de sacrificio es tener misericordia. Cuando perdonamos *“aun hasta 70 veces 7”* estamos ejerciendo la misericordia. Estamos aceptando que la otra persona se ha equivocado y nos ha hecho daño, pero que no vamos a ejercer justicia. No vamos a reclamar un pago a cambio. Eso implica sacrificar nuestro dolor, nuestra pena, nuestra rabia a cambio de que la otra persona tenga una nueva oportunidad de empezar. Lo mismo que hace Dios cada vez que nos perdona nuestros pecados.

La misericordia la vemos en un ejemplo clarísimo en la mujer adúltera (**Juan 8:3-11**) pero también en **Jonás 3** cuando perdona a Nínive, o cuando cuenta la historia del Samaritano que tuvo misericordia y lo usa como ejemplo del amor hacia los demás (**Lucas 10:25-37**). La misericordia la describe el propio Jesús en **Mateo 25:35-40** *“Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.... Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”*.

Libertad.

Como vemos, amar es corregir, tener paciencia, es sacrificio. Pero también es dar la libertad de aceptar la corrección y de tomar la decisión. No se puede forzar a la gente ni debemos enfadarnos con ellos porque no lo quieran aceptar. Es normal disgustarse, pero nunca enfadarse porque son ellos los que deben dar el paso. Y debe ser de corazón.

Dios nos dio el libre albedrío. Nos amó tanto que nos dio la libertad de elegir. Amar a los demás, es darles la libertad de elegir porque sino, les quitamos la oportunidad de aprender. Jesús le dijo al rico que se le acercó lo que tenía que hacer, pero no le obligó a hacerlo. Le dio pena, estoy seguro, porque lo que le dijo después a los discípulos sonaba triste *“¡Cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!”* (**Marcos 10:24**) pero le dejó marchar. Porque él tenía que tomar la decisión.

Cuando puso a Adán y Eva en el paraíso, les dio acceso a todo y les dio normas. *“De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás”* **Génesis 2:16-17**.

Cuando mandó a Jonás a Nínive lo hizo para darles la posibilidad de redimirse. No envió a Jonás a decir, os voy a destruir ya. Les dio 40 días para que recapacitaran, y ellos lo hicieron y ganaron el perdón de Dios. (**Jonás 3:4-10**).

La libertad es el mayor regalo que nos ha dado Dios. Cuando amamos a los demás, debemos respetar esa libertad y pedir o orar a Dios para que Él actúe en ellos y que nuestro amor, a través de la corrección con paciencia y sacrificio, les haga reaccionar.

Orar.

Porque la oración es otra manera de amar a los demás. Encomendar sus vidas y su educación al que todo lo puede y todo lo sabe. A Dios. Amar a los demás es acordarnos de ellos en todo momento y pedirle a Dios que les de ánimos, fuerzas, valentía y les ponga en las situaciones en las que mejor pueden crecer y acercarse a Él.

No fue lo que hizo exactamente Jonás en el caso de Nínive, que no le hacía mucha gracia la misericordia de Dios, pero sí lo que hizo Pedro por el cojo que estaba en el templo (**Hechos 3:3-8**). Cuando le pidió algo, le dijo esa maravillosa frase *“No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”*. Orar por los demás es lo mejor que podemos hacer por todo el que amamos y es la mejor manera de dar amor. Jesús no paraba de orar por todo el mundo y nosotros debemos hacer lo mismo. Orar es el complemento perfecto a las otras acciones.

En definitiva, la manera en la que debemos amar es corrigiéndoles con paciencia infinita. Eligiendo el momento y como si fuera la primera vez, cada vez. Con misericordia, sacrificando nuestro ego y dando nuestro perdón incondicional. Respetando la libertad que nos ha regalado Dios. Y orando constantemente con fe ciega en el Señor para que sea Él el que le cuide y les abra los ojos.

Acabemos con una oración.